

# Históricas Digital

Miguel León-Portilla

*Bernardino de Sahagún*

*Pionero de la antropología*

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

1999

261 p. + [XLIV]

Ilustraciones

(Serie Cultura Náhuatl. Monografías, 24)

ISBN 968-36-7064-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 6 de marzo de 2018

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/sahagun\\_pionero/363.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/sahagun_pionero/363.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## 1. RAÍCES Y FORMACIÓN EN LA ESPAÑA RENACENTISTA (1499-1529)

Un acontecimiento, en verdad inusitado, tuvo lugar en Sanlúcar de Barrameda a fines de agosto de 1529. Cosa sabida es que de Sevilla —sobre el Guadalquivir— y de Sanlúcar —en su desembocadura— zarpaban desde bastantes años antes galeones con rumbo a las llamadas Indias Occidentales, es decir, al Nuevo Mundo. De allí habían partido no pocas embarcaciones hacia las Antillas: La Española, Puerto Rico y Cuba. Tan sólo en los años más cercanos al de 1529 algunos galeones habían levado anclas teniendo como destino último la que se nombraba Nueva España, situada más allá de las islas, en tierra firme, gran país con ciudades y muchas maravillas recién conquistado por Hernán Cortés en 1521.

Pues bien, gracias a varios documentos conservados en el Archivo General de Indias, en Sevilla, y asimismo por testimonios del cronista real Antonio de Herrera y del indígena Chimalpahin, ha llegado hasta nosotros noticia de ese inusitado acontecer, que tuvo lugar en aquel año, precisamente antes de partir una flota con destino a Veracruz en el recién conquistado México. Como en otras ocasiones, embarcó entonces un grupo de frailes, esta vez veinte jóvenes franciscanos, diríamos que reclutados para evangelizar a los indios de la Nueva España. Marchaba al frente otro fraile de mayor edad y ya experimentado, Antonio de Ciudad Rodrigo que, tras haber vivido en tierras mexicanas desde 1524, había regresado a España a fines de 1527, con un doble propósito. Uno era obtener de Carlos V se liberara a los indios de los muchos trabajos y vejaciones con que se veían afligidos. El otro consistió en reunir ese grupo de misioneros.

Cumplidos ambos propósitos, fray Antonio se aprestaba ya a regresar con sus veinte jóvenes frailes cuando recibió un encar-

go del mismo Emperador. El cronista real Antonio de Herrera, tras referirse a las capitulaciones que el monarca había celebrado con Hernán Cortés, refiere lo que entonces ocurrió:

Ya los indios que [éste] había traído consigo mandó el Emperador vestir y dar algunos regalos [...] para que contentos volbiesen a su naturaleza [su tierra]; y encargó a fray Antonio de Ciudad Rodrigo que tuviese cuidado que fuesen bien tratados en el camino, a quien se dieron dineros para que comprasen imágenes y cosas de devoción para que llevasen a sus tierras.<sup>1</sup>

En cumplimiento de esa real orden, se entregaron a fray Antonio de Ciudad Rodrigo los dineros necesarios y cuanto se requirió para el viaje de los dichos indios. Los nombres de éstos se consignan en la documentación conservada en el Archivo de Indias y en el relato de Chimalpahin. Entre ellos estaban los bautizados ya con nombres españoles, don Martín Cortés Nezahualcóyotl, hijo de Motecuhzoma Xocoyotzin y de doña María, señora de Copolco, en el barrio de Atzacualco; Juan Tézcatl, Diego Yacamécatl, Santiago Pilteuhtli, así como otros diecisiete oriundos de Tlatelolco, Tacuba, Tetzco, Tlaxcala, Culhuacán y varios lugares más del altiplano central.

La misma documentación nos hace saber asimismo que se dieron a los jóvenes nahuas camisas, jubones, capas, calzas y vistosos sombreros de colores y finas telas.<sup>2</sup> El propio fray Antonio, con los fondos recibidos, pagó también su transportación y bastimentos al maestro Pero Díaz, de la nao *Santa María*. Por su parte el cronista Chimalpahin, corrobora la información sobre la partida a España con Hernán Cortés de esos indígenas, en su mayoría nobles, que el padre Ciudad Rodrigo, cumpliendo órdenes de Carlos V, cuidó “fueran bien tratados” en su viaje de regreso a México. De ello habla con cierto detenimiento en la

<sup>1</sup> Antonio de Herrera, *Historia de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, Madrid, Real Academia de la Historia, década IV, libro VI, 1948, t. VIII, 361.

<sup>2</sup> Las reales órdenes, así como la noticia de lo entregado, se hallan en varios legajos del ramo de *Contratación*, número 4675B, los folios 126 v.-127 r.: “Relación del mantenimiento que se ha dado a los indios que fray Antonio de Ciudad Rodrigo presentó en esta Casa [...] y del ramo de *Contaduría* 269, del referido Archivo de Indias.

versión con varios añadidos que hizo al náhuatl de la *Historia de la Conquista de México* por Francisco López de Gómara.<sup>3</sup>

Fue así como, reunidos indios y frailes en Sevilla a fines de julio de 1529, se embarcaron un mes después en Sanlúcar, el 28 de agosto de ese año. Verosímil es que la partida de los frailes llamara la atención de no pocos curiosos andaluces, si bien no era cosa del todo extraordinaria. Lo que en verdad hubo de sorprenderlos fue que en su compañía se embarcaba también otro grupo integrado por hombres nativos de la remota Nueva España. Se decía —y así era en efecto— que habían sido llevados a la península cerca de un año antes por el conquistador Hernán Cortés.

De varias formas, por sus atuendos y en particular por su aspecto, la presencia de esos indígenas, todos ellos de lengua náhuatl, venía a ser realidad inesperada. Y cabe reiterar que por las crónicas sabemos que, con excepción de unos indios expertos en el juego de la pelota y en otras maneras de divertimento, la mayoría eran miembros de distintas ramas de la nobleza indígena de México. Entre otros, se embarcaban de regreso, tras haber sido presentados por Cortés al emperador Carlos V y haber visitado lugares como el real monasterio de Guadalupe en Extremadura, el ya mencionado hijo del último Motecuhzoma y un pariente cercano de éste, Gaspar Tultequitzin, así como Pedro Castañeda Colomóhcatl, más tarde señor de Chalco y auxiliar del virrey don Antonio de Mendoza.

Así como conocemos los nombres de esos indígenas mexicanos que regresaban a su patria en agosto de 1529, también hay noticias acerca de los integrantes del grupo de jóvenes franciscanos. Aquí vamos a fijarnos en particular en uno. Se llamaba éste Bernardino de Sahagún. Y, al decir de otro cronista, también fraile que lo conoció, el dicho Bernardino también debió despertar la atención, si no de los andaluces, sí en cambio de las andaluzas, porque “era este religioso varón de muy buena pre-

<sup>3</sup> Hay más información sobre los indios que Cortés llevó a España en: *Historia de las conquistas de Hernando Cortés*, escrita en español por Francisco López de Gómara, y traducida del náhuatl según la versión y adendas debidas a Chimalpahin, en edición de Carlos María de Bustamante, 2 v., México, 1826, t. II, 163-164.



sencia y rostro, por lo cual, cuando mozo, lo escondían los religiosos ancianos de la vista común de las mujeres”.<sup>4</sup>

Por supuesto que, al embarcarse con los otros frailes y el grupo de los indios, debió ser imposible para los tales religiosos ancianos esconder a Bernardino “de la vista común de las mujeres”. Al mismo fray Juan de Torquemada, que mucho lo trató, debemos también el comentario, satisfacción de los frailes ancianos, en el sentido de que Bernardino “era tan virtuoso que ninguna cosa le perturbó su espíritu porque desde su tierna edad lo tenía consagrado a Dios”.<sup>5</sup>

Fray Bernardino, de cerca de treinta años de edad, justo en la plenitud de su vida y vigor, debió experimentar entonces una profunda expectativa. Estaba a punto de zarpar hacia ese Nuevo Mundo y con él viajaban, además de sus hermanos franciscanos, todos esos indígenas, también hombres jóvenes. Tras un año de estancia en España algo habría mejorado el conocimiento que empezaban a tener ellos de la lengua de Castilla que habían escuchado en México de labios de los conquistadores y otros frailes. Acercarse a quienes tenían como lengua materna al náhuatl iba a ser para Sahagún el comienzo de su prolongada y muy fecunda experiencia americana.

Dejaba él atrás para siempre cuanto había sido su propia existencia en España. Allí quedaban sus raíces y su familia; allí se habían desarrollado su cuerpo y su espíritu. En su bagaje no llevaba consigo ni avalorios para hacer trueques con los indios ni tampoco cualquier otro vestigio de ambición terrena. Lo mejor de él era la riqueza de que era portador su espíritu: cuanto había recibido al venir al mundo y formarse como cristiano en la España que vivía el Renacimiento.

#### *La villa donde nació Bernardino en 1499*

Acerca del lugar del que era oriundo el hombre de cuya persona y obra aquí estamos tratando, dejó él mismo claro testimonio en

<sup>4</sup> Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, edición de Miguel León-Portilla *et alii*, 7 v., México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975-1983, VI, 262.

<sup>5</sup> *Loc. cit.*

el prólogo a la que sería su principal obra, fruto de prolongado esfuerzo, su *Historia general de las cosas de Nueva España*. Allí expresa: “yo, fray Bernardino de Sahagún, frayle professo de la orden de Nuestro Seráfico padre San Francisco, de la observancia, natural de la villa de Sahagún, en Campos...”<sup>6</sup> La alusión, como puede verse es a una población que, si nunca fue muy grande, sí tuvo considerable importancia. A su ubicación geográfica alude el propio fraile al notar que se halla en Campos, es decir, en la conocida como Tierra de Campos, comarca española que comprende partes colindantes de las actuales provincias de Palencia, Valladolid y León, entre los ríos Carrión y Cea, y los montes de Torozos, región de tradicionales cultivos de cereales. La Tierra de Campos era comarca que había estado poblada por diversas gentes desde tiempos inmemoriales, como lo muestran los vestigios arqueológicos que por todos lados se descubren en ella. Testimonio más cercano de su pasado es el hecho de que fuera también conocida como “Campos góticos” en el reino de León.

Respecto del año en que Bernardino nació en la mencionada villa de Sahagún, en Tierra de Campos, él mismo lo dio a conocer cuando en 1572, al hacer una denuncia ante la Inquisición, declaró tener 73 años.<sup>7</sup> Su nacimiento había ocurrido, por consiguiente, en 1499. Concuera esto con lo consignado por fray Jerónimo de Mendieta que, al morir Sahagún en 1590, escribió que “acabó sus días en venerable vejez, de edad de más de noventa años”.<sup>8</sup>

Establecidos así lugar y fecha de nacimiento, como ha de hacerse en cualquier bien enhebrado relato biográfico, conviene enterarnos ya de cuanto podemos saber sobre la vida de Bernardino. Y hemos de hacerlo no como un acontecer aislado, sino primeramente en el contexto de los tiempos y lugares en que transcurrieron su niñez y juventud en España. De la villa de Sahagún en Tierra de Campos, donde nació, cabe decir ante todo que tenía larga historia y no escasa importancia. Existiendo

<sup>6</sup> Sahagún, *Historia general, op. cit.*, I, 32.

<sup>7</sup> Georges Baudot, “Fray Toribio de Motolinía denunciado ante la Inquisición por fray Bernardino de Sahagún”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1991, vol. 21, 129.

<sup>8</sup> Jerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, edición de Joaquín García Icazbalceta, México, 1870, 663.

allí una población con el nombre de Camala desde la época de los romanos, en sus inmediaciones habían perdido la vida en testimonio de su fe cristiana los hermanos Facundo y Metodio. Tenidos más tarde como santos, del nombre del primero se derivó el que tuvo luego el antiguo asentamiento romano. Así, Sanctus Facundus se transformó en Sanfacundo y éste en Sanfagún y Safagún, hasta terminar en Sahagún.

Ya en la edad media, la villa de Sahagún gozaba de muy buena fama. En una *Guía del peregrino de Santiago de Compostela*, escrita en el siglo XII, se dice:

Inde est Sanctus Facundus, omnibus felicitatibus affluens, ubi est pratum in quo hastae fulgurantes victorum pugnatorum ad Domini laudem infixae, olim fronduisse referetur.

De allí se pasa a Sahagún, donde reina toda prosperidad y donde hay un prado, donde las lanzas fulgurantes de los guerreros victoriosos por la gloria de Dios, plantadas allí, según se dice, hace mucho reverdecieron.<sup>9</sup>

La misma *Guía* añade otro dato de considerable interés en relación con dicha villa:

Item, visitanda sunt corpora beatorum martirum Facundi scilicet et Primitivi, quorum basilicam Karolus fecit.

Además, deben ser visitados los cuerpos de los santos mártires Facundo y Primitivo, cuya basilica fue construída por Carlomagno.<sup>10</sup>

La villa, tal como existía al tiempo en que Bernardino pasó en ella su niñez y temprana juventud, incluía —y en parte hasta hoy conserva— testimonios arquitectónicos que recuerdan el paso y establecimiento en ella de gentes de muy diversos orígenes. Así, a los vestigios arqueológicos de la época romana, se suman otros del período godo que justifican el calificativo dado a esa tierra de Campos góticos. Perduran además algunos elementos del arte mudéjar y también son visibles otros del arte románico, sobre todo en la iglesia dedicada a San Tirso. Merecen también ser citados los templos de San Juan y de la Santísima Trinidad, éste con

<sup>9</sup> *Le guide du pèlerin de Saint Jacques de Compostelle*, texte latin du XIIe Siècle, Jean Viellard (editor), Paris, Librairie de Philosophie, J. Vrien, 1984, 6-7.

<sup>10</sup> *Ibid.*, 82-83.

su alta torre edificada en el siglo XVI. Digno de atención es lo que hasta hoy queda del monasterio benedictino nombrado de San Facundo y San Metodio. Su iglesia se edificó con un estilo muy semejante al de las naves de San Isidoro en León.

En tiempos del rey Alfonso VI (1080-1109), que había heredado de su padre el reino de León y tras un enfrentamiento con don Sancho su hermano, rey de Castilla, pasó a ser soberano de León y Castilla, el pueblo y monasterio de Sahagún alcanzaron gran florecimiento. Monjes benedictinos, procedentes de la célebre abadía francesa de Cluny, se establecieron allí. El monasterio y los que en él vivían tuvieron luego prominencia no sólo en materias religiosas y de cultura, sino también económica y como centro de poder político que, al modo feudal, ejercía omnímoda autoridad en la región. Esto, como era de esperar, dio lugar en múltiples casos a violentos conflictos, tanto con los miembros de la nobleza y burguesía, como con los labradores que se veían obligados a tributar y prestar otros servicios al monasterio.

Dada la estrecha vinculación que llegó a tener Bernardino de Sahagún con la orden franciscana, conviene mencionar también, entre las edificaciones religiosas, la del convento de los seguidores de San Francisco fundado en 1257, con una iglesia adjunta que se conoce como Santuario de la Peregrina. Tal advocación le era dada a la Virgen María como patrona de los que pasaban por allí con rumbo a Santiago de Compostela. Debemos a fray Francisco Gonzaga, que llegó a ser ministro general de su Orden, interesante información acerca de cómo se fundó dicho convento:

Cuando el religiosísimo abad del monasterio de los padres benedictinos de Sahagún, debido a la gran estimación que tenía por la familia franciscana, otorgó a algunos de sus miembros, con el asentimiento de sus monjes, el predio requerido para la edificación de su convento el año de 1257, los mismos padres cuidaron de que la primera piedra fuera bendecida por el Pontífice Alejandro IV que gobernaba en Roma. Tan grande piedad demostró éste a los dichos hermanos que además de este beneficio, envió letras apostólicas al reverendísimo Martín, obispo de León, para que esa primera piedra bendecida por él, la colocara como cimiento para toda la edificación de la iglesia y del convento y también la bendijera [...].

Gracias al auxilio del Sumo Pontífice el convento que al presente existe lo habitan cómodamente treinta hermanos y con limosnas de diversos fieles se logró que fuera del todo edificado y se consagrara su iglesia en honor de San Francisco por el obispo Martín. No menos importante fue para su construcción la donación de la noble heroína María, mujer legítima de aquel esforzado militar español y héroe, don Rodrigo de Cisneros, de gran renombre en Castilla. Por esto, tanto para sí como para su hija Juana Rodríguez, noble y piadosa heroína, obtuvo se les sepultara allí.<sup>11</sup>

De esto, que recuerda el cronista fray Francisco Gónzaga, se desprende la considerable importancia que en su propio tiempo —segunda mitad del siglo XVI— se seguía concediendo al convento de San Francisco fundado desde 1257 en la villa de Sahagún. Se hallaba ésta —según vimos— en el que se conoce como Camino de Santiago, es decir, como lugar por el que tenían que pasar los miles de peregrinos que —de muchas partes de España y Europa— iban con rumbo a donde se creía estaba la tumba del apóstol, Santiago de Compostela. Tal circunstancia acrecentaba, como es natural, la riqueza y capacidad de irradiación religiosa y cultural del monasterio benedictino. Todo esto explica que en la villa sahadunense prosperaran también otros grupos étnicos, hecho que confirma la existencia de barrios conocidos como de la morería y la judería.

Dato de interés es que en 1348 en el mismo Sahagún, bajo la autoridad de los benedictinos que comenzaron a conocerse como miembros de la orden de San Facundo, se estableció al modo universitario un centro de estudios generales. Con el paso del tiempo, sin embargo, la prepotencia de los benedictinos disminuyó. En 1496, tres años antes de que naciera Bernardino, el monasterio perdió su plena independencia, de tan antiguo arraigo benedictino, y pasó a quedar vinculado al de San Benito en Valladolid con no poca merma de su poder económico y político. Esto no significa que se hubiera visto desposeído de su carácter de importante centro de irradiación cultural.

<sup>11</sup> *De origine Seraphicae Religionis Franciscanae eiusque progressibus de Regularis Observantiae institutione, forma administrationis ac legibus, admirabilique eius propagatione*, F. Francisci Gonzagae eiusdem Religionis Ministri Generalis ad S. D. N. Sixtum V opus in quator partes divisum, Romae, 1587, 864-865.

Un solo hecho cabe aducir en apoyo de esto. Pocos años después de que Bernardino se embarcara con rumbo a tierras mexicanas, se instaló en el monasterio una imprenta. De ella procedió, como temprano y espléndido fruto, una amplia obra en dos volúmenes, el primero de 259 folios impresos por ambos lados, y el segundo de 104, también dobles. La obra, resultado de larga familiaridad con los textos de Aristóteles, había sido preparada por el padre Francisco Ruiz, vallisoletano, abad del monasterio sahanunense. Escrita en latín, su título es *Index Locupletissimus, Duobus Tomis Digestus, in Aristotelis Stagiritae Opera* (Índice riquísimo, dispuesto en dos tomos, acerca de las obras de Aristóteles de Estagira).<sup>12</sup> La magna aportación, cuya elaboración debió requerir no pocos años —desde el tiempo en que Bernardino se hallaba aún en España—, es digna de ser consultada y ponderada hasta el presente. En realidad constituye un modelo de investigación en la que no sólo los autores citados por Aristóteles —con sus respectivas concepciones filosóficas— sino las ideas del maestro de Estagira son objeto de elucidación y referencias cruzadas, al modo de un moderno índice analítico de grandes alcances.

Valorando la trascendencia de esta aportación, el historiador de la filosofía en España, Marcial Solana, comenta:

Ni con lo muchísimo que hoy se ha progresado en el estudio de las doctrinas del Filósofo [Aristóteles], ni con las ediciones esmeradísimas que se han publicado de las obras del Estagirita, ni con la multitud de tablas y referencias con que se han completado estas ediciones contemporáneas, ha perdido nada el valor que tenía en el siglo XVI el monumental *Index* del abad de Sahagún; y es que fray Francisco Ruiz acertó a componer una obra verdaderamente perenne.<sup>13</sup>

Este trabajo, convincente muestra de que en el monasterio de Sahagún florecía la sabiduría renacentista, y cuya elaboración

<sup>12</sup> F. Francisco Ruizio Vallisoletano, *S. Facundi ordinis S. Benedicti Abbate. Index Locupletissimus, Duobus Tomis Digestus, in Totius Aristotelis Stagiritae Opera. In quo tam multa exposita sunt in quibus plurimis et obscuris apud Aristotelem locis quae aut perperam intellecta hactenus aut omnino omisa fuerunt, ut vice commentarii attentio lectori esse possint*. Apud inclitum Sanctorum martyrum Facundi et Primitivi Coenobium. Anno Domini MDXL. Mense Februarii. Cum privilegio Caroli V Imperatoris semper Augusti ad decennium.

<sup>13</sup> Marcial Solana, *Historia de la filosofía española*, Madrid, 1941, II, 78-79.

requirió largo proceso de investigación por parte del abad Francisco Ruiz, se publicó como edición *princeps* de la imprenta allí instalada, el año de 1540.

### *La familia de Bernardino*

Tal era la villa en que transcurrieron niñez y primera juventud de Bernardino. Acerca de la familia de éste y su condición social y económica no se conservan testimonios documentales. Sólo por inferencias puede pensarse que sus padres debieron gozar de un *status*, si no de nobleza, al menos acomodado. De no haber sido así, resultaría muy difícil explicar cómo —antes de ingresar en la orden franciscana— pudo Bernardino acudir a Salamanca para estudiar en su Universidad. Cosa más que rara sería que un hijo de analfabetos labradores llegara siquiera a pensar en convertirse en letrado.

Algunos modernos investigadores de la obra y persona de Bernardino han sostenido que procedía de una familia de judíos conversos. Citaré al respecto lo expresado por Angel María Garibay K. En su Introducción a la *Historia general* escribió:

Bernardino de Ribeira, por su familia, de Sahagún, después de su profesión religiosa en la Orden Franciscana, provenía de una ciudad que él hizo famosa agregándola a su nombre de pila. Hay vehementes sospechas de que fuera de una familia de judíos conversos. Es uno de los puntos que deben aclararse.<sup>14</sup>

Pertinente es notar que hasta la fecha ello no se ha aclarado. En apoyo de la hipótesis de Garibay sobre un origen sefardí de Sahagún, podrían aducirse las citas bíblicas, que hace del Antiguo Testamento, donde compara a veces a los indígenas con los judíos, mostrando casi siempre admiración y simpatía respecto de éstos.

Sin pretender contradecir o aceptar aquí la hipótesis del origen sefardita de Bernardino, cabe recordar al menos que en la España en que vivió nada extraño era que en multitud de fami-

<sup>14</sup> Angel María Garibay K., "Proemio general" en *Historia general de las cosas de Nueva España*, 4 v., México, Editorial Porrúa, 1956, I, 21.

lias hubiera vínculos con gentes de estirpe judaica. Lo que, en cambio, parece requerir comentario es la atribución del apellido Ribeira. Por vez primera difundió tal especie Jules César Beltrami, autor de un libro de divulgación intitulado *Le Mexique*, aparecido en París, 1830. Dicho señor Beltrami tuvo la suerte, hacia 1850, de localizar un antiguo manuscrito con una versión al náhuatl de los evangelios y epístolas dominicales. Su relación con el estudioso italiano Bernardino Biondelli hizo posible que este último publicara dicho manuscrito en espléndida edición. En ella atribuyó a Bernardino de Sahagún la versión al náhuatl de dichos evangelios y epístolas.<sup>15</sup>

En su introducción al texto latino-náhuatl, Biondelli acepta lo antes expresado por Beltrami y presenta a Sahagún como Bernardino de Ribeira. A partir de la edición llevada a cabo por Biondelli, otros estudiosos de la obra y figura de Sahagún aceptaron sin mayor crítica que el apellido de éste era Ribeira. Tal fue el caso de sus biógrafos Alfredo Chavero (1877), Luis Nicolau D'Oliver (1952) y Angel María Garibay (1953-1954).

Con fina percepción, quien por muchos años trabajó hasta publicar, con versión al inglés, el llamado *Códice Florentino* de Sahagún, Arthur J. O. Anderson —en colaboración con Charles E. Dibble— se planteó la duda sobre tal atribución. Reconoció Anderson que la especie propalada por Beltrami sobre el apellido Ribeira —¿judeo-portugués?—, se introdujo sin aducir testimonio alguno. Sin embargo, el mismo Anderson hace renacer la cuestión. Consignó así que Wayne Ruwet, de la College Library de la Universidad de California en Los Angeles, le había comunicado que conocía un documento en el que se registra el nombre de un Bernardino Ribeira como estudiante en 1516, en la Universidad de Salamanca.<sup>16</sup>

Dado que hasta el presente dicho documento no ha sido publicado y como, por otra parte, había que mostrar también en qué contexto se habla de ese estudiante y, si el mismo puede

<sup>15</sup> Bernardino Biondelli, (editor), *Evangeliarium, Epistolarium et Lectionarium Aztecum sive Mexicanum, in Anticuo Codice Mexicano nuper Reperto*, Mediolani, (Milán), Typis Jos. Bernardoni, Qm. Johannis, 1858.

<sup>16</sup> J. O. Anderson: "Sahagun's: Career and Character", en *Florentine Codex. Introductions and Indices*, preface by Miguel León-Portilla, Santa Fe, Nuevo México, The School of American Research and the University of Utah, 1982, 30.

identificarse con Bernardino de Sahagún, la cuestión continúa lejos de esclarecerse. Lo único que con certeza puede afirmarse es que Bernardino nació en Sahagún, Tierra de Campos, en 1499, en un ambiente en el que con arraigada tradición florecía la cultura. Por allí cruzaban gentes de muchos rumbos de Europa, los peregrinos que seguían el camino de Santiago. Y allí, en el monasterio benedictino de los santos Facundo y Metodio, a pesar de su declive económico y político, se proseguían trabajos de alta cultura como los estudios que llevaba a cabo el abad Francisco Ruiz acerca de Aristóteles.

De ese medio salió Bernardino para acudir como estudiante a la Universidad de Salamanca. Desconocemos el año preciso en que tal cosa ocurrió. El ya citado Jerónimo de Mendieta registra escuetamente que, “siendo estudiante en Salamanca, tomó el hábito de religión en el convento de San Francisco de aquella ciudad”.<sup>17</sup> Allí, como vamos a verlo, se abriría ante él un universo de cultura mucho más amplio que aquel que florecía en su villa natal. Y, si algo sabía ya de las maravillas que se propalaban sobre el Nuevo Mundo, ahora tendría acceso a más numerosas y mejor fundadas noticias. Bernardino marchaba entonces hacia uno de los grandes centros donde florecía el Renacimiento español.

### *Bernardino de Sahagún en Salamanca*

La Universidad de Salamanca, fundada en el reinado de Alfonso IX a principios del siglo XIII, era hacia la segunda década del XVI —cuando Sahagún ingresó en ella como estudiante— uno de los principales focos de cultura en Europa occidental. En ella existían, entre otras cátedras, la de filosofía, con maestros tan célebres que llegó a hablarse de una escuela salmantina. Entre ellos estuvieron Fernán Pérez de Oliva que, muy joven aún, fue rector de la Universidad, así como fray Alonso de la Veracruz que, años después, fue maestro en la de México creada en 1551. En la teología y el derecho brillaron allí sabios tan notables como Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, Melchor Cano y Juan

<sup>17</sup> Mendieta, *op. cit.*, 662.

López de Palacios Rubio. En los estudios gramaticales y relativos a diversas lenguas, allí enseñó hasta 1507 nada menos que Elio Antonio de Nebrija, el autor del primer *Arte* y de un *Vocabulario de la lengua castellana*. También hubo especialistas en hebreo, griego y árabe. Los dedicados a tales estudios comenzaron a conocerse como los trilingües, designación que años más tarde aplicaría Bernardino de Sahagún a sus discípulos indígenas en un importante colegio que se erigió cerca de la ciudad de México. Los trilingües de Sahagún serían a su vez expertos en latín, castellano y náhuatl.

No siendo el propósito ofrecer aquí una relación del gran conjunto de otras cátedras existentes en Salamanca durante la permanencia en ella de Sahagún, cabe añadir al menos que sobresalían las de medicina, matemáticas, astronomía, música, moral, cánones e historia. A varios de los maestros que impartían sus enseñanzas, sobre todo de gramática, historia, cánones, moral y teología, es casi seguro que acudió Bernardino.

De hecho, más tarde, en algunos de sus escritos quedarán testimonios de los conocimientos que adquirió en dichas ramas del saber. Aludirá, por ejemplo, a la historia, a partir de la de griegos y romanos. Se mostrará también muy atraído por el estudio de las lenguas, sobre todo del náhuatl o azteca y elaborará un arte y vocabulario trilingüe, que incluyó referencias al castellano y al latín. Introdujo además en sus manuscritos análisis de numerosos vocablos para precisar su estructura morfológica. Como moralista y teólogo emitirá además diversos dictámenes y será consultado en casos difíciles. Como filósofo y teólogo expresará sus pareceres acerca del modo como hay que proceder en la transmisión del mensaje cristiano a los indígenas, insistiendo en ocasiones en la forma como deben emplearse o acuñarse determinados vocablos para poder expresar sutiles conceptos teológicos y filosóficos.

En la Universidad de Salamanca, al igual que en otras tan famosas como las de Alcalá de Henares, Valladolid, Barcelona, Valencia y Sevilla, se respiraba con intensidad un ambiente renovador. De modo especial se dejaba sentir la influencia procedente de Italia, personificada incluso en la presencia en España de varones como Lucio Marineo Sículo y Pedro Mártir de Anglería. Si del primero se conocen, entre otras cosas, sus *Epístolas* y sus

*De Rebus Hispaniae Memorabilibus* (De las cosas memorables de España), del segundo, desde temprana fecha comenzaron a difundirse sus *De Orbe Novo Decades* (Décadas del Nuevo Mundo, Alcalá, 1516). Gracias a humanistas italianos como éstos fue una realidad la difusión de noticias sobre importantes acontecimientos recientes, valorados a la luz de una perspectiva abierta en busca de objetividad.

En sus obras o en otras crónicas e historias Bernardino de Sahagún, estudiante en Salamanca, pudo enterarse de lo que fue y significó la toma de Granada en 1492. Consumada la reconquista de España, tuvo lugar la expulsión de los judíos, suceso que conmovió a la nación entera. En no pocos casos miembros de una familia hubieron de separarse. Los conversos se quedaban y los otros marchaban al exilio, uno de los varios que han afectado en su historia a los españoles. De los Reyes Católicos y su reinado también conoció no poco. Supo en particular de las reformas introducidas por el cardenal Francisco Ximénez de Cisneros. El ascenso al poder del emperador Carlos, nacido por cierto el año siguiente que él, en 1500, y del que hizo más tarde varias alusiones, también debió dejar en él recuerdo imborrable.

Muy de cerca hubo de seguir la serie de hechos que, a principios del reinado del joven monarca Carlos —entonces de tan pocos años como el propio Bernardino— desembocaron en una abierta rebelión, la que se conoce como de las Comunidades de Castilla. Muy disgustados habían quedado los que participaron en las Cortes, celebradas en Valladolid en 1518, ante la actitud de los prepotentes señores flamencos que allí estuvieron presentes. Como preuncio de una repulsa que estaba ya gestándose, se demandó la exclusión de los no españoles en cualquier cargo de gobierno civil o religioso. El rechazo se dirigía sobre todo al conjunto de flamencos, entre ellos, de modo particular, a Guillermo de Croy, señor de Chievres, del séquito de Carlos, que pronto —en 1519— fue además elegido emperador.

A tal primer enfrentamiento se sumaron, por una parte, la exigencia de que Carlos se expresara siempre en castellano y, por otra, la negativa de los procuradores en las Cortes convocadas en Santiago de conceder el subsidio que el soberano demandaba. Habiendo partido éste a Alemania donde iba a ser ungido “rey de romanos” en Aquisgrán, su disposición de dejar el gobierno

de los reinos españoles en personas no del todo gratas a la nobleza y pueblo dio ocasión a un grave estallido de violencia. En 1520 —cuando Bernardino se hallaba ya en Salamanca— se organizó la Junta Santa. Toledo, Segovia y Valladolid, y luego Salamanca, Zamora y otras ciudades y pueblos, se fueron adhiriendo al movimiento.

Los comuneros de la Junta Santa, capitaneados por Juan de Padilla, se apoderaron de Tordesillas y Valladolid. La rebelión parecía cundir como el fuego en un bosque. Carlos V, ya emperador, ordenó la represión de los alzados hasta su derrota total. Esto ocurrió en la batalla de Villalar, el 23 de abril de 1521. Juan de Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado —este último representante de Salamanca— cayeron prisioneros y fueron ejecutados. Cinco años después, como consecuencia de esos hechos, el obispo de Zamora era asimismo condenado a muerte.

Todos estos acontecimientos, que parecían ensombrecer, justo en los comienzos de su reinado, a la figura de Carlos V, habrían de volvérselo presentes a Bernardino cuando, al tiempo de su llegada a México, se encontró allí con una situación de violencia —en cierto modo parecida— provocada por Nuño Beltrán de Guzmán, presidente de la Primera Audiencia y que afectaba a los antiguos conquistadores, a los indios y a los frailes. Desde otro punto de vista, con el paso del tiempo, y consciente de la favorable actitud de Carlos V hacia los franciscanos en la Nueva España, Bernardino habrá de expresarse acerca de él con reconocimiento y aun elogio.

Es de suponer que así como, siendo Sahagún estudiante en Salamanca, estaba atento a lo que ocurría en España, se enteraría además de algunos acontecimientos en ámbitos mucho más lejanos. Respecto del Nuevo Mundo las noticias que se difundían de encuentros con tierras y gentes de costumbres diferentes verosímilmente lo atrajeron ya, según parece desprenderse de las menciones que llegó hacer de esto en sus escritos. Entre otros personajes, aparecen allí aludidos Cristóbal Colón y Hernán Cortés. Lo que había leído sobre la conquista de México —verosímilmente las cartas de don Hernando— y lo que luego contempló él mismo lo llevaron más tarde a expresar algunos juicios de con-

dena, como éste en que se compara la suerte de los indígenas con la de los judíos:

Porque vino sobre ellos aquella maldición que Jeremías, de parte de Dios, fulminó contra Judea y Jerusalem, diciendo en el capítulo quinto, yo haré que venga sobre vosotros, yo traeré contra vosotros una gente muy de lejos, gente muy robusta y esforzada, gente muy antigua y diestra en el pelear, gente cuyo lenguaje no entenderéis ni jamás oísteis su manera de hablar; toda gente fuerte y animosa, codiciosísima de matar. Esta gente os destruirá a vosotros y a vuestras mujeres e hijos, y todo cuanto poseéis, y destruirá todos vuestros pueblos y edificios. Esto a la letra ha acontecido a estos indios con los españoles; fueron tan atropellados y destruidos ellos y todas sus cosas, que ninguna apariencia les quedó de lo que eran antes...<sup>18</sup>

Aducir la que llama Sahagún “maldición que fulminó Jeremías”, como paradigma para valorar lo que “a la letra ha acontecido a estos indios”, hace pensar que, probablemente desde sus años de estudiante en Salamanca, conocía las denuncias de algunos frailes que habían regresado de las Indias Occidentales. Algunas eran en verdad vehementes, como las de los dominicos Antón de Montesinos y Bartolomé de las Casas, que con tanta fuerza hablaron ante el soberano de los agravios y destrucciones de que eran víctimas los indios.

Sin que sea posible precisar cuáles fueron las noticias referentes al Nuevo Mundo que más impresionaron al joven Bernardino, no es desde luego vana hipótesis suponer que, así como se vio influido hondamente por el ambiente renacentista de Salamanca, también hubo de vibrar su espíritu al enterarse de las realidades buenas y malas de esas tierras inmensas y de gentes hasta hacía poco desconocidas. Como más tarde él mismo lo expresó:

Llegado el tiempo por Nuestro Señor ordenado para manifestar y traer al gremio de su Iglesia esta muchedumbre de gentes, reinos y naciones, cerca de los años mil y quinientos, puso en el corazón a la gente española que viniese a descubrir por el mar océano hacia el Occidente.<sup>19</sup>

<sup>18</sup> Sahagún, *op. cit.*, I, 33.

<sup>19</sup> Bernardino de Sahagún, *Coloquios y doctrina christiana*, editados y traduci-

Hallándose Bernardino en el referido ambiente de ebullición cultural y de noticias acerca de un Nuevo Mundo, decidió —según lo consigna escuetamente el ya citado cronista Jerónimo de Mendieta— hacerse franciscano. Aunque nos es desconocido el año preciso en que ello ocurrió, dos circunstancias pueden ayudarnos a establecer con elasticidad el tiempo en que se convirtió en seguidor de San Francisco. Por una parte, consta, como lo indica Mendieta, que, “siendo estudiante en Salamanca, tomó el hábito de religión en el convento de San Francisco de aquella ciudad”.<sup>20</sup> Por otra, ello tuvo que suceder algunos años antes de su partida con rumbo a México en 1529, ya que para entonces no sólo era fraile profeso, sino que había recibido también las órdenes sacerdotales. Cabe pensar, en consecuencia, que probablemente su ingreso en la orden franciscana tuvo lugar hacia principios de los años veinte. Cumplió entonces con el período de noviciado, pronunció sus votos como fraile y continuó sus estudios de cánones y teología en la Universidad, hasta ordenarse de sacerdote.

Ahora bien, si el ambiente renacentista de Salamanca y las noticias del Nuevo Mundo debieron afectar el ánimo del joven franciscano, las circunstancias y transformaciones que vivía durante ese mismo tiempo la orden religiosa a la que había ingresado iban a dejar asimismo en él huella imborrable. La cristianidad entera se conmovía entonces con los varios movimientos de reforma, en particular el encabezado por Martín Lutero. En España, de modo especial, se hacían sentir las influencias de diversas corrientes de pensamiento teológico y moral, también reformistas. Importa recordar los empeños del cardenal Francisco Ximénez de Cisneros, que hasta su muerte en 1517 luchó denodadamente por imbuir un nuevo espíritu en la Iglesia española. Y también es necesario tomar en cuenta la presencia de los humanistas seguidores del pensamiento de Erasmo de Rotterdam. Y ya en lo que específicamente toca a los franciscanos, poco o nada habrá de entenderse de sus actitudes si no se valoran las transformaciones que, al menos entre muchos de ellos, se ges-

dos por Miguel León-Portilla, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas y Fundación de Investigaciones Sociales, 1986, 72.

taron y culminaron precisamente poco antes de que Sahagún ingresara en dicha orden religiosa. Puesto que tales transformaciones —reforma e ideas nuevas, algunas con viejas raíces— marcaron para siempre el pensamiento y destino del futuro misionero en México, de ellas vamos a ocuparnos.

*La influencia erasmista y los movimientos reformistas  
entre los franciscanos*

Todavía en los últimos años del siglo xv —o sea, poco antes de que naciera Bernardino— se dejaban sentir en España vientos de transformación religiosa. A Nebrija se debió desde 1495 el inicio de un creciente interés por los estudios bíblicos. Él, que había dado a la lengua de Castilla su primer arte gramatical, trabajaba ya en los comienzos del xvi en la que designó *Gramática de las letras sagradas*. Al morir, el 25 de noviembre de 1504, Isabel la Católica que le había concedido su protección, asumió Nebrija en Salamanca la cátedra de Gramática. Continuando con su método, que hoy describiríamos como lingüístico-filológico aplicado a los textos bíblicos, atrajo sobre sí la mirada adversa del inquisidor general fray Diego de Deza. Nebrija acudió entonces al cardenal Cisneros, que buscaba por otros caminos, incluyendo el de los estudios bíblicos, la renovación de la Iglesia.

Gozando de la protección del cardenal, Nebrija llegó a participar, aunque sólo por breve lapso, en la magna edición de la que se conoce como *Biblia Políglota*. El cardenal, por su parte, tenía siempre en la mira una reforma que debía llevarse a cabo en España en prevención de otra radicalmente heterodoxa que se estaba entonces gestando en los países septentrionales y en particular en Alemania.

En la Universidad de Salamanca, donde estudiaba Bernardino, perduraba, entre otras muchas realidades del Renacimiento español, el recuerdo de las aportaciones de Nebrija y de modo particular su empeño por acercarse a las Sagradas Escrituras con el nuevo método lingüístico-filológico. Y es también natural que en el mismo ambiente de la universidad salmantina se tuviera noticia de que en las tierras del septentrión, en este caso en Bélgica, Holanda y Alemania, existían parecidos intentos de



Iglesia de San Tirso (siglo XII), en la villa de Sahagún. Constituida de sillería en la parte inferior del ábside. se concluyó de ladrillo. Su estilo es románico con influencia morisca y se ha calificado de “sahagunino”



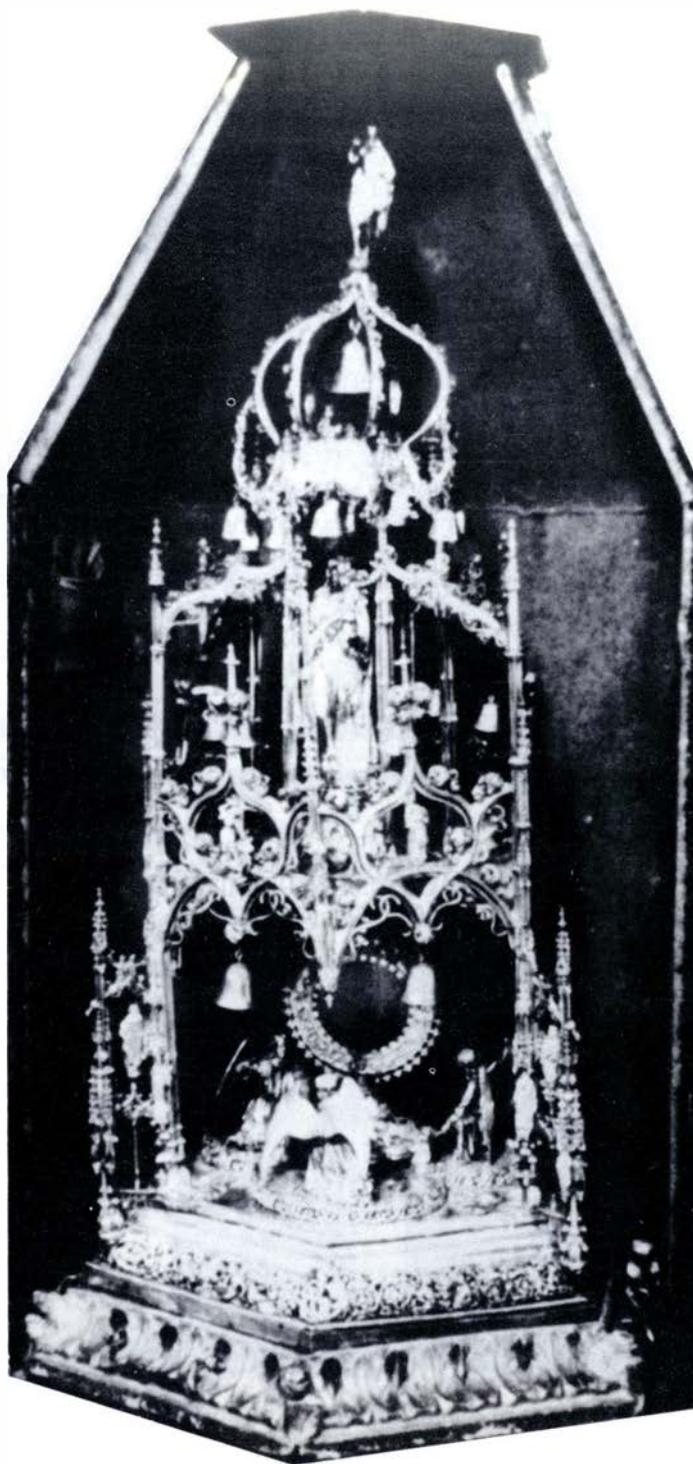
Iglesia de San Lorenzo (siglo XIII) de estilo morisco



Convento franciscano e iglesia conocida como de la Peregrina. Su fundación data de 1257



Restos de la antigua portada meridional de la iglesia del monasterio benedictino de los Santos Facundo y Metodio.  
hoy convertida en un arco bajo el cual pasa una carretera



Custodia, muestra extraordinaria de orfebrería,  
en el antiguo monasterio benedictino de la villa de Sahagún



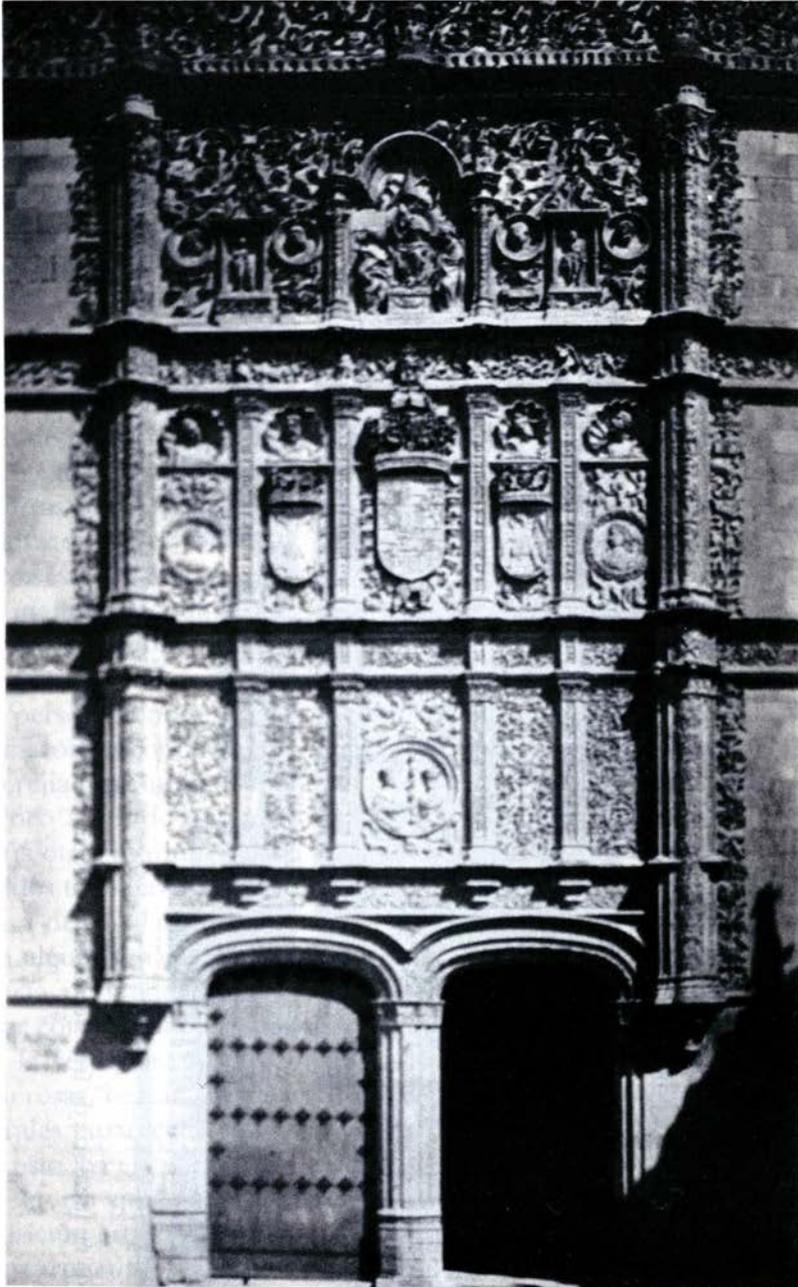
INDEX LOCUPLE  
TISSIMVS DVOBVS TOMIS DIGESTVS, IN ARIS  
• TOTELIS STAGIRITAE OPERA,  
quæ extant, auctore R. Patre F. Francisco Ruizio  
Vallisoletano, S. FACVNDI ordinis S.  
Benedicti Abbate. In quo tam  
multa exposita sunt in opul-  
entis & obscuris apud  
ARISTOTĒ  
LEM locis,  
quæ aut perperam intel-  
lecta hæcenus, aut omnino omissa fu-  
erant, ut vice commentarij attento lectori esse possint.

EIVSDEM AVCTORIS IVDICIUM DE ARI-  
stotelis operibus, quæ nuper Simon Grynæus ex impressio-  
ne repræsentavit, habes in calce secundi tomi.

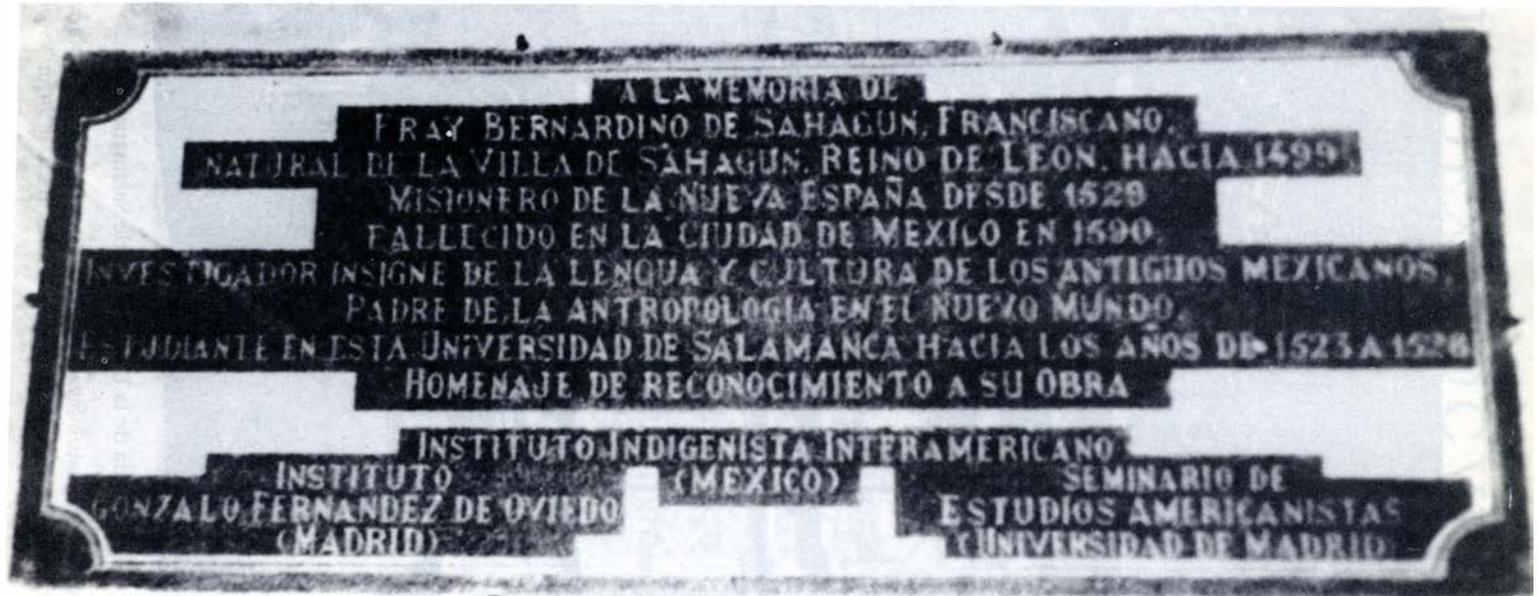
APVD INCLYTVM  
Sanctorum martyrum FACVNDI & PRIMITIVI Cœnobii.  
Anno Domini. M.D.XL. Mense Februarii.

Cum privilegio CAROLI .V. Imperatoris semper Augusti  
ad decennium.

Portada del libro del abad Francisco Ruiz, *Index locupletissimus in Aristotelis Stagiritæ Opera*.  
Primer impreso del monasterio de San Facundo y Metodio, 1540



Portada de la Universidad de Salamanca



Lápida en memoria de fray Bernardino, colocada el 12 de enero de 1966 en el claustro bajo de la Universidad de Salamanca

acercamiento a los textos bíblicos, con propósito de renovación hacia formas de vida cristiana más puras y verdaderas.

Comenzaron a conocerse en España los trabajos de Erasmo de Rotterdam, a quien, por cierto, el cardenal Cisneros había invitado a trasladarse a ella para fomentar empresas de mutuo interés intelectual y religioso. Y si bien Erasmo no aceptó tal invitación, en cambio, su estrecho contacto con el humanista valenciano Luis Vives, y sobre todo la difusión de sus obras en España —una de ellas, el *Enchiridion*, traducida y publicada en castellano en 1524— hicieron que sus ideas ejercieran muy grande influencia en los medios intelectuales españoles. Erasmo, como Nebrija, proclamó la necesidad de dar vida a una nueva forma de humanismo bíblico. Coincidió con su contemporáneo Martín Lutero en otorgar importancia primordial a las Sagradas Escrituras como luz que debía guiar a los cristianos, liberados de falacias y corrupciones.

Por esto, cuando desde 1519 la actitud rebelde de Lutero se hizo manifiesta, hubo sospechas y acusaciones en contra de Erasmo. El ambiente de España estaba, como nunca antes, caldeado en cuanto se refería a la fe y las prácticas religiosas. A las persecuciones en contra de judíos falsos conversos pronto se sumaron las condenas de quienes parecían o eran sospechosos de herejía o de influencia luterana.

Poco antes de que todo esto ocurriera, habían surgido en España otros movimientos, si se quiere de carácter popular, pero dirigidos también a transformar la vida de los cristianos. Tal fue el caso de los llamados “iluminados”, tendencia que prosperó entre algunos grupos de franciscanos. Proclamando el don de profecía, pretendían una gama de transformaciones como las de acabar con el poder de los príncipes y del Papa y volver la mirada a la verdadera Jerusalem donde nació la primitiva Iglesia. Numerosas “beatas”, que hacían revelación de sus visiones sobrenaturales, aparecían en distintos lugares de España. Mientras todo esto iba en aumento —el influjo de Erasmo, y a veces también el de quienes conocían las doctrinas de Lutero— la Inquisición estaba en acecho para hacer, en su momento, grandes escarmientos.

A otro género de movimiento reformista que habría de influir de modo especial en Bernardino de Sahagún, siendo ya

franciscano y luego trasladado a México, importa hacer aquí referencia. Dicho movimiento sólo puede valorarse de manera adecuada en función de las corrientes y personajes que se han mencionado. Entre ellos puede situarse al también franciscano fray Juan de Guadalupe, cuyas ideas y actuación iban a influir de modo decisivo en la partida del grupo de doce franciscanos con destino a México en 1524. Estaba él movido, como otros de su Orden desde los tiempos de San Francisco, por el pensamiento de Joaquín de Fiore y en general por quienes insistían en la importancia capital de las Sagradas Escrituras, que debían armonizarse teniendo en cuenta a la vez al Antiguo y al Nuevo Testamento. Participaba asimismo en la persuasión de que la pobreza absoluta, la caridad y una cierta forma de milenarismo de inspiración apocalíptica, debían enfrentarse a las realidades corruptas y falsas de la sociedad civil y religiosa. Ya en el siglo XIV los llamados “espirituales” entre los franciscanos habían dado nueva fuerza a las doctrinas de Joaquín de Fiore. Y ahora, en un contexto en que todo parecía requerir transformaciones, cuando se sabía, entre otras cosas, que el Viejo Mundo se había encontrado con uno nuevo, el franciscano Juan de Guadalupe retornaba con sus propias ideas al meollo del antiguo mensaje. Como lo veremos, los doce frailes que enviaría él a México basaron siempre su predicación en el libro por excelencia, es decir las Sagradas Escrituras. Éstas debían darse a conocer a los indígenas y para ello había que traducirlas a sus lenguas. Tal manera de pensar y actuar perduraría entre los franciscanos en México hasta que, a raíz del Concilio de Trento, se prohibieron dichas traducciones y el acceso generalizado a la Biblia.

Fray Juan logró del Papa Alejandro VI se le autorizara a fundar casas o eremitorios para vivir allí en la pura observancia de la regla de San Francisco, en pobreza, estudio y meditación de la Biblia y con la mirada abierta a su propio destino en un cristianismo que debía sublimarse. Fray Juan erigió así su primer eremitorio en Granada. Pero ante la actitud adversa del obispo de esa ciudad, los seguidores de Juan de Guadalupe se trasladaron a Extremadura. Allí, provistos de nuevas bulas papales, establecieron cuatro sedes en Alconchel, Salvaleón, Trujillo y Villanueva del Fresno, además de otra en Villaviciosa, Portugal.<sup>20</sup>

<sup>20</sup> Mendieta, *op. cit.*, 662.

Entre los franciscanos que participaron siguiendo con ardor las huellas de fray Juan de Guadalupe, estuvo fray Martín de Valencia que fue quien más tarde encabezó al grupo de los doce que viajó a México en 1524. Años antes fray Martín que quiso fundar un convento con parecidos propósitos, obtuvo de la provincia franciscana de Santiago la cobertura jurídica para hacerlo. Logró así edificar un convento y capilla, que nombró de Nuestra Señora del Berrocal en la villa de Belvís de Monroy, en Extremadura. Allí atrajo a varios de los que con él viajarían luego a México. Según el testimonio de Motolinía, fray Martín:

edificó una casa junto a Belvís [de Monroy] adonde hizo un monasterio que se llama Santa María del Berrocal adonde moró algunos años dando tan buen ejemplo y doctrina, así en aquella comarca, que le tenían por un apóstol y todos le amaban y obedecían como a su padre.<sup>21</sup>

Fray Martín de Valencia, fiel a sus ideales, y los seguidores de fray Juan de Guadalupe con sus respectivos conventos, y algunos otros que se le adherieron, integraron una *Custodia* o agregado de conventos que no bastan para formar provincia. Dicha Custodia ostentó el nombre del Santo Evangelio de Extremadura. Pasado el tiempo, y habiendo crecido dicha Custodia, en 1519 se transformó en la Provincia Franciscana de San Gabriel de Extremadura.

De ella fue segundo provincial fray Martín. Tres años después, precisamente meses antes de que Cortés emprendiera el asedio definitivo de México-Tenochtitlan, en 1521, otros franciscanos, fray Francisco de los Angeles y fray Juan Clapion, éste último, que viajó a España con Carlos V y tres franciscanos flamencos, conocedores de la existencia de esas tierras con tantos pobladores en el Nuevo Mundo, obtuvieron de León X una bula que les permitía trasladarse a México. Dado que Clapion murió al llegar a España y Francisco de los Angeles fue electo ministro

<sup>21</sup> Acerca de estas fundaciones de la Provincia de San Gabriel de Extremadura trata ampliamente fray Juan Bautista Moles, en *Memoria de la Provincia de San Gabriel, de la Orden de frailes menores de Observancia*, Madrid, 1612. Más noticias sobre el convento de Belvís de Monroy las proporciona fray Angel Ortega, "El convento de San Francisco de Belvís de la Provincia de San Gabriel de Extremadura", *Archivo Ibero-Americano*, v. 8, 1917, 18-34.

general de la Orden, decidió él escoger a otros frailes para la propuesta misión en México. Fray Toribio de Benavente Motolinía relata cómo ocurrió esto:

Como fuese ministro general el reverentísimo fray Francisco de los Angeles, que después fue cardenal de Santa Cruz, y viniendo visitando allegó a la provincia de San Gabriel, hizo capítulo en el monasterio de Belvis en el año de 1523, día de San Francisco, en el tiempo que había dos años que esta tierra se había ganado por Hernando Cortés y sus compañeros; pues estando en este capítulo, el general un día llamó a fray Martín de Valencia, e hízole un muy buen razonamiento, diciéndole cómo esta tierra de la Nueva España era nuevamente descubierta y conquistada, adonde, según las nuevas de la muchedumbre de las gentes y de su calidad, creía y esperaba que se haría muy gran fruto espiritual, habiendo tales obreros como él, y que él estaba determinando de pasar en persona a el tiempo que lo eligieron por general, el cual cargo le embarazó la pasada que él tanto deseaba; por tanto, que le rogaba que él pasase con doce compañeros, porque si lo hiciese, tenía él muy gran confianza en la bondad divina, que sería grande el fruto y convertimiento de gentes que de su venida esperaban.

El varón de Dios que tanto tiempo había que estaba esperando que Dios había de cumplir su deseo, puede [cada] uno pensar qué gozo y alegría recibiría su ánima con tal nueva y por él deseada, y cuántas gracias debió de dar a Nuestro Señor, aceptó luego la venida como hijo de obediencia.<sup>22</sup>

Acerca de lo que enseguida ocurrió escribieron tanto fray Toribio de Benavente Motolinía como fray Francisco Ximénez en su *Vida de fray Martín de Valencia*. Al decir de éste, el propio general de la Orden, fray Francisco de los Angeles, se trasladó a Sevilla para despedir a los doce que, con fray Martín se iban a embarcar con destino a la Nueva España. Motolinía, por su parte, y como testigo de todo esto, escribió:

y tomada la bendición de su mayor y ministro general, partieron del puerto de Sanlúcar de Barrameda, día de la conversión de San Pablo, que aquel año fue en martes. Vinieron a la Gomera a 4 de febrero, allí dijeron misa en Santa María del Paso, y recibieron el cuerpo de Nuestro Redentor muy devotamente, y luego se tornaron

<sup>22</sup> Toribio de Benavente Motolinía, *Memoriales o Libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, edición de Edmundo O'Gorman, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1971, 180.



a embarcar. Allegaron a la isla de San Juan y desembarcaron en Puerto Rico en veinte y siete días de navegación que fue tercero día de marzo, que en aquel día demedió la cuaresma aquel año. Estuvieron allí en la isla de San Juan, diez días; partiéronse dominica “in Passione”, miércoles siguiente entraron en Santo Domingo. En la isla Española estuvieron seis semanas, y después embarcáronse y vinieron a la isla de Cuba, adonde desembarcaron postrero día de abril. En la Trinidad estuvieron sólo tres días. Tornados a embarcar vinieron a San Juan de [U]lúa a 12 de mayo, que aquel año fue vigilia de Pentecostés; y en Medellín estuvieron diez días. Y allí, dadas a Nuestro Señor muchas gracias por el buen viaje que les había dado, vinieron a México, y luego se repartieron por las provincias más principales.<sup>23</sup>

Fue de este modo como algunos de los que habían fundado la Custodia del Santo Evangelio con conventos en varios lugares de Extremadura y Portugal, junto con otros miembros de la misma orden franciscana, pasaron a México al que llegaron el 12 de mayo de 1524. Allí se encontraron con los tres frailes flamencos —entre ellos Pedro de Gante— que los habían precedido menos de un año antes. Correspondió a ellos poner en marcha la evangelización de esa tierra recién conquistada. Tanto estos como otros que muy pronto los siguieron, cual fue el caso de fray Bernardino llegado en 1529, encontraron la realidad aún viva de una cultura totalmente diferente de la que existía en España. Poco a poco la fueron conociendo, algunos sólo en sus aspectos más obvios; otros, como Sahagún, hondamente tras dedicarle muchos años de penetrantes pesquisas.

*Bernardino, ya franciscano, y los miembros de la provincia de San Gabriel de Extremadura*

Coincidiendo en el tiempo con la transformación en provincia de la que hasta 1519 había sido Custodia del Santo Evangelio, Juan de Grijalva, zarpando de Cuba, exploraba una parte de las costas que delimitan al que se conocería más tarde como golfo de México. Un año después Hernán Cortés desembarcaba en Chalchiuhcueyecan, “en el lugar de la que tiene faldas de jade”,

<sup>23</sup> *Ibid.*, 181-182.

es decir, en las playas donde se erigiría la Villa Rica de la Veracruz y donde hasta entonces, según lo denota el topónimo en náhuatl, se adoraba con tal advocación a la diosa Madre, patrona de los pueblos nahuas.

Consumada por Cortés la conquista de México el 13 de agosto de 1521, menos de tres años después desembarcaban en las mismas playas donde se había rendido adoración a la diosa Madre, “de las faldas de Jade”, fray Martín de Valencia en compañía de otros once franciscanos, todos ellos de la provincia de San Gabriel de Extremadura.

Como ya se dijo, tres frailes flamencos los habían antecedido, enviados por Carlos V, uno de ellos, según se afirmaba, pariente suyo. Este, Pedro de Gante, siendo hermano lego, mucho se habría de distinguir como educador de los indios.

Reflejo del espiritualismo franciscano es la interpretación que más tarde haría de esto el fraile nacido en Tlaxcala, Diego Valadés: si un Martín Lutero con su herejía apartaba por ese mismo tiempo de la Iglesia a muchos miles de hombres, otro Martín, es decir, el padre Valencia, tendría por misión resarcir de la pérdida, trayendo a otros muchos miles de indios al verdadero cristianismo.<sup>24</sup>

Debemos a Bernardino de Sahagún haber reconstruido hacia 1564, la historia de la llegada a México de Martín de Valencia y sus compañeros. Lo que hizo fue poner por escrito, en náhuatl y castellano, una reconstrucción prototípica de los *Coloquios* o diálogos que en 1524 y en otras fechas sostuvieron los recién llegados franciscanos con los sabios y sacerdotes indígenas sobrevivientes acerca de materias religiosas. El texto, cargado de dramatismo, da fe de la confrontación de ideas en el encuentro de dos mundos en tierra mexicana. La reconstrucción de lo que verosímilmente entonces se dijo, pudo hacerla Bernardino consultando con otros frailes, aprovechando asimismo su propia experiencia en el trato con los indios y, como él lo señaló, teniendo a la vista “viejos papeles y memorias” en que se conservó el recuerdo de tales confrontaciones.

<sup>24</sup> Diego Valadés, *Retórica cristiana* [1579], edición facsimilar, introducción de Esteban J. Palomera, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, 505.

Unos cuantos fragmentos del texto que reconstruyó Sahagún nos permitirán valorar el dramatismo que creyó percibir en las palabras que frailes e indios verosímelmente entonces intercambiaron:

Así [los frailes] reunieron, convocaron  
a todos los señores, los gobernantes,  
que vivían, allí, en México:

—Haced favor de escuchar bien, amados nuestros,  
vosotros que acá habéis venido a enteraros,  
los que aquí habéis venido a salir juntos,  
vosotros mexicas, vosotros tenochcas,  
vosotros señores, vosotros gobernantes,  
haced favor de considerar aquí,  
ponedlo dentro de vuestro corazón  
lo que nosotros vamos a exponer, a decir,  
la palabra del mensaje [...].

—Escuchad, amados nuestros,  
en verdad nosotros sabemos,  
hemos visto y hemos escuchado  
que vosotros,  
no ya uno, sino muchos,  
tan numerosos son los que tenéis por dioses,  
a los que honráis,  
a los que servís.  
No pueden contarse los esculpidos  
en piedra, en madera,  
que vosotros habéis forjado.  
Pero si fueran dioses verdaderos,  
si de verdad fueran el Dador de la vida,  
¿por qué mucho se burlan de la gente?  
¿por qué, de ella hacen mofa?  
¿por qué no tienen compasión  
de los que son hechuras suyas?  
¿Por qué también ellos [vuestros dioses],  
muchas, sin número,  
enfermedades, aflicciones,  
a vosotros os causan?  
Así bien lo sabéis vosotros [...].  
Y luego, de día en día,  
demandan sangre, corazones.  
Por esto son muy temibles a la gente,  
mucho provocan el miedo

Sus imágenes, sus hechicerías,  
son muy negras, muy sucias,  
muy asquerosas.  
Así son los que vosotros tenéis por dioses,  
a quienes seguís como dioses, hacéis ofrendas.  
Ellos son los que mucho afligen a la gente,  
los que en ella ponen la suciedad.<sup>25</sup>

Los indios que escucharon lo que, por medio del intérprete,  
les habían dicho los frailes, respondieron a su vez:

Cuando concluyó, terminó,  
su discurso, el de los doce padres,  
entonces unos de los señores, los gobernantes,  
se puso de pie, saludó a los sacerdotes,  
y un poquito, un labio, dos labios,  
con esto devolvió su aliento, su palabra. Dijo:

—Señores nuestros, mucho os habéis afanado,  
así habéis llegado a esta tierra,  
porque habéis venido a mandar  
en vuestra agua, vuestro monte,  
¿De dónde?  
¿Cómo es el lugar de nuestros señores,  
de donde vinísteis?  
De entre las nubes, de entre las nieblas,  
habéis salido [...].  
Pero, nosotros,  
¿qué es lo que ahora podremos decir?  
Aunque obramos como señores,  
somos madres y padres de la gente,  
¿acaso aquí, delante de vosotros,  
debemos destruir la antigua regla de vida?  
¿La que en mucho tuvieron,  
nuestros abuelos, nuestras abuelas,  
la que mucho ponderaron,  
la que mantuvieron con admiración,  
los señores gobernantes?

Y aquí, señores nuestros,  
están los que aún son nuestros guías,  
ellos nos llevan a cuestras, nos gobiernan,

<sup>25</sup> Sahagún, Bernardino de, *Coloquios y doctrina christiana*, op. cit., 123 y siguientes.



en relación al servicio  
de los que son nuestros dioses,  
de los cuales es el merecimiento  
la cola, el ala [la gente del pueblo]:  
los sacerdotes ofrendadores, los que ofrendan el fuego,  
y también los que se llaman *quequetzalcoa*.  
Sabios de la palabra,  
su oficio, con el que se afanan,  
durante la noche y el día,  
la ofrenda de copal,  
el ofrecimiento del fuego,  
espinas, ramas de abeto,  
la acción de sangrarse,  
los que miran, los que se afanan  
con el curso y el proceder ordenado del cielo,  
cómo se divide la noche.  
Los que están mirando [leyendo],  
los que cuentan [o refieren lo que leen],  
los que despliegan [las hojas de los libros],  
la tinta negra, la tinta roja.  
Los que tienen a su cargo las pinturas.  
Ellos nos llevan,  
nos guían, nos dicen el camino.  
Los que ordenan  
cómo cae el año.  
Cómo siguen su camino  
la cuenta de los destinos y los días,  
y cada una de las veintenas,  
De esto se ocupan,  
de ellos es el encargo, la encomienda,  
su carga: la palabra divina.  
Y nosotros,  
sólo es esto nuestro oficio:  
lo que se llama el agua divina, el fuego [la guerra]  
y también de esto tratamos,  
nos encargamos de los tributos  
de la cola y el ala [del pueblo].  
Permitidnos que reunamos  
a los sacerdotes, a los *quequetzalcoa*.  
Que podamos darles  
Su aliento, su palabra,  
del Señor Nuestro.  
Así ellos tal vez devolverán,  
responderán.



Más dramáticas fueron luego las palabras de los sacerdotes y sabios indígenas sobrevivientes que vinieron a responder a los frailes:

Señores nuestros, señores, estimados señores,  
habéis padecido trabajos,  
así os habéis venido a acercar a esta tierra,  
os contemplamos, nosotros macehuales [gente humilde],  
porque a vosotros  
os ha permitido llegar el Señor Nuestro,  
en verdad habéis venido a gobernar  
vuestra agua, vuestro monte.  
¿De dónde, cómo,  
os habéis dirigido hacia acá  
del lugar de nuestros señores,  
de la casa de los dioses?  
Porque en medio de las nubes, en medio de las nieblas,  
del interior del agua inmensa habéis venido a salir.  
A vosotros os hace ojos suyos,  
a vosotros os hace oídos suyos,  
a vosotros os hace labios suyos  
el Dueño del cerca y del junto.  
Y, ahora, ¿qué, de qué modo,  
qué será lo que diremos,  
elevaremos a vuestros oídos?  
¿Somos acaso algo?  
Porque sólo somos *macehualuchos*,  
somos terrosos, lodosos,  
raídos, miserables,  
enfermos, afligidos.  
Porque sólo nos dio en préstamo el Señor, el Señor Nuestro,  
la punta de su estera, la punta de su sitial [el mando],  
[donde] nos colocó.  
Con un labio, dos labios respondemos,  
devolvemos el aliento, la palabra,  
del Dueño del cerca y del junto.  
Con esto, de su cabeza, de su cabellera, salimos,  
por esto nos arrojamos al río, al barranco.  
Con ello buscamos, alcanzamos,  
su disgusto, su enojo.  
Tal vez sólo [vamos] a nuestra perdición,  
a nuestra destrucción.  
¿O acaso hemos obrado con pereza?  
¿A dónde en verdad iremos?  
Porque somos *macehuales*,



somos perecederos, somos mortales.  
Que no muramos,  
que no perezcamos,  
aunque nuestros dioses hayan muerto.  
Pero tranquilícense vuestros corazones, vuestra carne,  
señores nuestros,  
porque romperemos un poquito,  
ahora un poquito abriremos,  
el cofre, la petaca, del Señor Nuestro.

Vosotros dijísteis  
que nosotros no conocíamos  
al Dueño del cerca y del junto,  
a aquél de quien son el cielo, la tierra.  
Habéis dicho  
que no son verdaderos dioses los nuestros.  
Nueva palabra es esta,  
la que habláis  
y por ella estamos perturbados,  
por ella estamos espantados.  
Porque nuestros progenitores,  
los que vinieron a ser, a vivir en la tierra,  
no hablaban así.  
En verdad ellos nos dieron  
su norma de vida,  
tenían por verdaderos,  
servían,  
reverenciaban a los dioses.  
Ellos nos enseñaron,  
todas sus formas de culto,  
sus modos de reverenciar [a los dioses].  
Así, ante ellos acercamos tierra a la boca [juramos],  
así nos sangramos,  
pagamos nuestras deudas,  
quemamos copal,  
ofrecemos sacrificios.  
Decían [nuestros progenitores]:  
que ellos, los dioses, son por quien se vive,  
que ellos nos merecieron [nos dieron vida]  
¿Cómo, dónde? Cuando aún era de noche.  
Y decían [nuestros ancestros]:  
que ellos [los dioses] nos dan  
nuestro sustento, nuestro alimento,  
todo cuanto se bebe y se come,  
lo que es nuestra carne, el maíz, el frijol,



los bledos, la chíá.  
Ellos son a quienes pedimos el agua, la lluvia,  
por las que se producen las cosas en la tierra.

Y ahora, nosotros,  
¿destruiremos  
la antigua regla de vida?  
¿la regla de vida de los chichimecas?  
¿la regla de vida de los toltecas?  
¿la regla de vida de los colhuacas?  
¿la regla de vida de los tecpanecas?  
Porque así en nuestro corazón [entendemos]  
a quién se debe la vida,  
a quién se debe el nacer,  
a quién se debe el crecer,  
a quién se debe el desarrollarse.  
Por esto [los dioses] son invocados,  
son suplicados.

Señores nuestros,  
no hagáis algo  
a vuestra cola, vuestra ala [vuestro pueblo],  
que le acarrée desgracia,  
que lo haga perecer.  
Así también de los ancianos, de las ancianas,  
era su educación,  
su formación.  
Que los dioses no se enojen con nosotros,  
no sea que en su furia,  
en su propio enojo incurramos.  
Y no sea que, por esto, ante nosotros,  
se levante la cola, el ala [el pueblo],  
no sea que, por ello nos alborotemos,  
no sea que desatinemos,  
si así les dijéramos:  
—Ya no hay que invocar [a los dioses],  
ya no hay que hacerles súplicas.  
Tranquila, pacíficamente,  
considerad, señores nuestros,  
lo que es necesario.  
No podemos estar tranquilos,  
y ciertamente no lo seguimos,  
eso no lo tenemos por verdad,  
aun cuando os ofendamos.  
Aquí están

los que tienen a su cargo la ciudad,  
los señores, los que gobiernan.  
Lo que llevan, tienen auestas,  
al mundo.  
Es ya bastante que hayamos dejado,  
que hayamos perdido, que se nos haya quitado,  
que se nos haya impedido,  
la estera, el sitial [el mando].  
Si en el mismo lugar permanecemos,  
provocaremos que [a los señores] los pongan en prisión.  
Haced con nosotros,  
lo que queráis.  
Esto es todo lo que respondemos,  
lo que contestamos  
a vuestro reverenciado aliento,  
a vuestra reverenciada palabra,  
oh señores nuestros.<sup>26</sup>

El texto de los *Coloquios* continúa luego presentando, en su mayor parte, la forma como los doce primeros franciscanos iniciaron la evangelización de los indios. Es probable que diálogos e indoctrinamientos parecidos tuvieran lugar no sólo en México-Tenochtitlan sino en otros varios sitios, como Tetzco, Tlaxcala y Huexotzinco, donde los franciscanos empezaron sus tareas de evangelización. Ello vuelve comprensible esta aportación de Sahagún que ostentó como título completo el de *Coloquios y doctrina christiana con que los doce frayles de San Francisco enviados por el Papa Adriano Sexto y por el emperador Carlos V convirtieron a los indios de la Nueva España*. Al reconstruir prototípicamente esos diálogos fray Bernardino quiso dejar testimonio de lo que fueron las primeras actuaciones de los franciscanos que lo habían precedido.

Sólo tres años después de la llegada de los mismos, uno de ellos, fray Antonio de Ciudad Rodrigo, regresó a España para traer consigo otro buen número de jóvenes frailes dispuestos a participar en la empresa misional de la Nueva España. Como ya vimos, reclutó éste, en efecto, una veintena de franciscanos. Entre ellos hubo dos que, siendo estudiantes en la Universidad de Salamanca, habían tomado allí el hábito de su Orden y libremente aceptaron la invitación de fray Antonio. Uno, natural de Murcia, fue Juan de San Francisco. El otro, como escribe Men-

<sup>26</sup> *Ibid.*, 137 y siguientes.

dieta, enseñado bastantemente en las cosas divinas, fue fray Bernardino de Sahagún a la sazón adscrito a la provincia de Santiago de Compostela. Al marchar luego con Fray Antonio de Ciudad Rodrigo, su vida y destino quedaron unidos a los del conjunto de frailes que, con Martín de Valencia, habían establecido ya en México otra Custodia, que como la antigua de Extremadura, llevó el nombre del Santo Evangelio. Fue dicha Custodia el antecedente de la provincia franciscana que hasta hoy perdura y sigue llamándose del Santo Evangelio de México.

Como habría de repetirlo Sahagún en sus escritos —de modo especial en los ya citados *Coloquios*, y *Doctrina* y como lo puso en práctica en las versiones al náhuatl que dispuso de Evangelios y Epístolas— a estos frailes, venidos antes del Concilio de Trento, importaba por encima de todo difundir la palabra divina, el contenido del libro por excelencia, las Sagradas Escrituras. Muestra elocuente de tal actitud la ofreció fray Juan de Zumárraga, que como obispo electo, es decir aún no consagrado, había llegado a México en 1528, trayendo como acompañante a fray Andrés de Olmos que mucho se distinguiría luego como precursor de las investigaciones en torno a las culturas y lenguas indígenas. Zumárraga, en su *Doctrina breve muy provechosa*, que se imprimió en México en 1544, inspirado a todas luces en lo expresado por Erasmo de Rotterdam cuyas principales obras poseía, escribió:

No apruebo la opinión de los que dicen que los idiotas no leyese las divinas letras en la lengua que el vulgo usa, porque Jesucristo lo que quiere es que sus secretos muy largamente se divulguen. Y así desearía yo por cierto que cualquier mujercilla leyese el Evangelio y las Epístolas de San Pablo. Y aún más digo: que pluguiese a Dios que estuviesen traducidas en todas las lenguas de todos los del mundo, porque no solamente las leyese los indios pero aun otras naciones bárbaras.<sup>27</sup>

Fray Bernardino también se iba a esforzar en dar a conocer la palabra divina, pero tratando de allanar previamente el cami-

<sup>27</sup> *Doctrina cristiana muy provechosa de las cosas que pertenecen a la fe católica y a nuestra cristiandad en estilo llano para común inteligencia*. Compuesta por el Reverendísimo Señor don fray Juan de Zumárraga, primer obispo de México, del Consejo de su Majestad. Imprimióse en la misma ciudad de México por su mandado y a su costo. Año de MDXLIII. La cita proviene de la "Conclusión exhortatoria de la obra, sin folio".



no con una indagación larga y profunda acerca de “las cosas naturales, humanas y divinas” de la cultura de los antiguos mexicanos.

Según lo hemos visto, el fraile que había hecho suyo este destino, se embarcó con sus otros compañeros y con el grupo de nobles indígenas que regresaban a México, en agosto de 1529. Allí, en el galeón que estaba a punto de zarpar, se despedía él entonces no ya sólo de Sevilla y Sanlúcar de Barrameda, sino para siempre de España. Consigo llevaba su formación de humanista, su celo misionero y su fe en la palabra del libro de salvación.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS